

FINIS
TERRAE
EDICIONES

Isidro F. Carbonero Rodríguez

Operación Matrioska



© *Operación Matrioska*
Autor: *Isidro F. Carbonero Rodríguez*

© Finis Terrae_ediciones
Departamento editorial de input output friends s.l.
www.finisterraediciones.com
info@finisterraediciones.com
Telf. 0034 981 973 631

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor o la editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Marzo 2015 - Edición 1ª

ISBN: 978-84-943160-5-0

*A mi esposa, con todo mi cariño
y agradecimiento por su apoyo,
comprensión y compañía*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I.....	9
CAPÍTULO II.....	43
CAPÍTULO III.....	65
CAPÍTULO IV.....	95
CAPÍTULO V.....	125
CAPÍTULO VI.....	151
CAPÍTULO VII.....	193
CAPÍTULO VIII.....	255
CAPÍTULO IX.....	287
CAPÍTULO X.....	353
CAPÍTULO XI.....	381
CAPÍTULO XII.....	409
CAPÍTULO XIII.....	471
CAPÍTULO XIV.....	521
CAPÍTULO XV.....	559
EPÍLOGO.....	595

INTRODUCCIÓN

Si hubo algo que unió a los republicanos que tuvieron la suerte de exiliarse en el extranjero y a aquellos que no la tuvieron, acabaran o no en las cárceles del franquismo, era la idea de que alguien, una mano benefactora, alguien a quien todos rendirían tributo en lo más íntimo de su ser, acabase con la vida de aquél general, que en su prepotencia hacía llamarse «Generalísimo», y que con su porte patibulario y rechoncho, con su voz y sus andares de sarasa, tenía a todos, incluidos los que estaban de su parte, acogotados.

Varios fueron los intentos de librar al mundo de semejante espécimen, algunos de ellos propiciados por la izquierda. Anarquistas y comunistas básicamente, que al menos en este asunto sus ideas eran convergentes: «este individuo era un asesino sin piedad», y otros propiciados incluso por los suyos; pues no podemos olvidar que un grupo de falangistas —al ver como el dictador que se había apoyado para la construcción de su estado en la visión política de José Antonio Primo de Rivera, desvirtuaba su herencia prostituyéndola, según ellos, con interpretaciones torticeras de los puntos fundamentales de la Falange— intentaron también borrarlo de la faz de la tierra.

El relato que a continuación os presento no tiene el respaldo de la realidad histórica, es tan solo un producto de la imaginación de quien le tocó por descendencia vivir en el bando de los perdedores, en una España que tardó mucho en perdonar —si es que en

//////////////////////////////////// *Isidro F. Carbonero Rodríguez* //////////////////////////////////////

algún momento ha perdonado a aquellos que lucharon por la libertad y la justicia frente a un feroz fascismo que no se conformó con la victoria; sino que siguió durante lustros machacando a quienes había derrotado, encerrándolos en cárceles casi de por vida, llevando a cabo sacas para fusilarlos en la tapia de cualquier cementerio o cuneta del camino—, lo que propició una ira generacional que se manifestaba en desear ver muerto al dictador. Al igual que el maestro Benavente avisaba de que sus personajes era muñecos de trapo, movidos por gruesos hilos visibles hasta para el más corto de vista, este modesto autor avisa a sus lectores de que entre sus personajes y la realidad no existe ninguna coincidencia, y que si por azar del destino en algún momento alguien encontrara similitud con algo sucedido en la realidad, aseguro que sería por pura casualidad. No obstante he de destacar que algunas de las citas, algunos personajes, algunos hechos aludidos en el relato, sí que están respaldados por la historia, y en esos casos he tratado de ceñirme al máximo a la verdad de la historia, si es que la historia en algún momento tuvo la virtud de ser veraz.

Desde aquí os pido clemencia y comprensión para una autor novel que llega a la novela con demasiados años a la espalda, y que tan solo pretende con su historia avivar las conciencias de los más jóvenes, para que sepan que siempre han existido héroes y villanos; pero que al final la rectitud y la justicia es el mejor equipaje para el tránsito a la otra vida.

Gracias.

CAPÍTULO I

LA MUERTE DE TERESA

Ni los militares sublevados ni la población en general se imaginaban en aquel apacible 18 de julio de 1936 la que se les venía encima. Del mismo modo que ni unos ni otros calcularon el alcance de sus acciones. Para unos, se suponía que con el mero hecho de la insurrección militar el Gobierno de la República, bastante debilitado en ese momento, caería por su propio peso y las aguas volverían a su cauce casi de forma inmediata; para otros, el ruido de sables les recordaba la Sanjurjada de 1932, y suponían que se resolvería por su propio peso a lo más tardar en unos meses. Mientras tanto en Asturias, Héctor Tobía Puente, militar de profesión y conocido en estos estamentos como el teniente Tobía, estaba en el acuartelamiento del Regimiento de Infantería Simancas, y se debatía entre si seguir las consignas de insurrección del coronel Pinilla o su sentimiento de juramento de fidelidad a la República de España. Fueron horas de confusión, en las que por la mente del teniente pasaban sobre todo la situación de su esposa y su hijo, a los que había dejado en su casa el día anterior y suponía que seguirían en el mismo lugar, preocupados ante la falta de noticias.

El cuartel era un antiguo edificio de tres plantas con forma rectangular, cuyos muros de piedra se disponían en torno a un patio central en el cual era habitual ver desfilas a diario, haciendo la instrucción, a los soldados, y en el que en la mañana de los sábados el Coronel Pinilla solía pasar revista a la tropa dispuesta y uniformada para tal menester. Destacaban en este edificio la torre que daba al

frente del instituto y la iglesia a la que podía accederse por el mismo frente, y que de igual modo tenía un acceso a través del cuartel. Puertas y ventanas estaban pintadas de un color verde cotorra que se hacía visible desde la lejanía. Las paredes exteriores estaban lucidas en pintura amarilla muy clara, en tanto que en el interior el color de los muros y paredes era completamente blanco. Cuando empezaron a llegar las noticias claras de la sublevación militar, el teniente Tobía se encontraba de oficial de guardia en las dependencias que a tal efecto se hallaban en la primera planta, muy cerca de la puerta principal donde un soldado hacía la ronda dentro de una garita. La noticia no pareció sorprenderle en demasía, ya que los rumores habían sido insistentes en los últimos días; pero todo el mundo pensaba que al final se impondría la cordura, algo que sin embargo era mucho suponer cuando se hablaba de militares sublevados. Salía de guardia a las 8 de la mañana del día 19 de julio, lo que le permitía poder retirarse a su domicilio a descansar, tras la noche de tensión que había vivido.

La mañana había amanecido soleada, aunque una débil bruma cubría el espacio como correspondía a una zona costera. A pesar de todo, se preveía un día soleado como tocaba a estas alturas del verano. En el camino a casa, el teniente Tobía pudo percibir la inquietud en la gente que se arremolinaba a las puertas de las tiendas, tratando de conseguir el mayor número de víveres por si llegaba el caso. De igual modo a la entrada de los bares y cafeterías había corrillos con discusiones de lo más dispar. Al llegar a su casa, se encontró a su mujer que lo esperaba con una honda preocupación, y que no pudo por menos que abrazarlo cuando entró por la puerta y besarlo como hacía tiempo no lo había hecho. El hijo, el pequeño Quique, un joven adolescente de trece años para catorce, miraba asustado hacia todas

//////////////////////////////////// **Operación Matrioska** //////////////////////////////////////

las partes, como intuyendo que algo raro y serio pasaba; pero que su corto entender todavía no llega a comprender plenamente. Por eso se sumó al recibimiento de la madre y se acercó al padre para darle igualmente un beso y ayudarle a quitarse la guerrera del uniforme.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo la madre dejando ver la preocupación que le invadía, mirando a los ojos de su marido mientras recogía la guerrera de la que se había despojado y la colgaba en una percha.

—De momento desayunar —indicó con parsimonia su marido, como tratando de quitarle importancia a un asunto que de sobra sabía que la tenía y mucha—, y luego esperar acontecimientos —concluyó.

La idea de Héctor era la de transmitir a los suyos una tranquilidad que ni él mismo poseía, pero de todos modos tenía una cosa muy clara: había que esperar y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Las próximas horas, los próximos días iban a ser cruciales para tomar una decisión. Tras desayunar un vaso de zumo, un trozo de queso y un café, trató de llamar por teléfono a un compañero que se encontraba de permiso; aunque suponía que no habría salido de Gijón, ya que sus suegros solían venir de Madrid a pasar parte del verano con ellos. La conversación no fue muy extensa y tampoco le aclaró muchas de las dudas que tenía. «Hay de todo entre los oficiales y suboficiales —le dijo—: unos han escapado del acuartelamiento para unirse a la Fuerza de Asalto que ha permanecido fiel a la República». Otros que estaban como él, de permiso, habían hecho lo propio, y algunos se habían incorporado inmediatamente al acuartelamiento poniéndose de modo incondicional al lado de los sublevados. En cuanto a la tropa, se podía decir que entre los que se encontraban de permiso, que al ser verano eran bastantes, y los

que habían huido, se podría calcular que el coronel Pinilla contaba con la mitad de la dotación; pero había algo que no le comentara su compañero: en ningún momento le dijo lo que él pensaba hacer.

El paso siguiente era escuchar la radio y ver qué información podía recabar por ese medio, aun a sabiendas de que esta sería sesgada, razón por la cual debía tomarla con toda la precaución del mundo. De todas maneras, indicó a su esposa que no cogiera para nada el teléfono si por casualidad sonaba, ya que si llegaban órdenes desde el cuartel, no quería pronunciarse en un sentido u otro sin haber recabado la mayor cantidad de información posible.

Su hijo Quique lo seguía con la mirada, mientras continuaba sentado a la mesa en la que había desayunado, como tratando de escudriñar a través de sus movimientos qué es lo que estaba sucediendo. Las noticias que la emisora local transmitía señalaban que en Oviedo, a las órdenes del General Aranda, los sublevados habían tomado los principales puntos neurálgicos de la ciudad, en tanto que en Gijón, no había un pronunciamiento claro.

A media mañana, llegaron noticias a través de unos vecinos de que el Coronel Pinilla se había posicionado del lado de los sublevados, había declarado el estado de guerra y había decidido enviar a una compañía de soldados con la finalidad de ocupar los puntos más importantes de comunicación de la ciudad. La casualidad quiso que el oficial al mando de la compañía que el Coronel Pinilla intentaba destacar como fuerza de choque fuese un capitán leal a la República, lo cual dio al traste con las intenciones del Coronel insurrecto, amén de sembrar la más absoluta confusión entre los soldados. Como consecuencia de ello, y viendo que no podía llevar a cabo ninguna acción fuera del cuartel, el Coronel se atrincheró en el interior del acuartelamiento manteniendo la insurrección junto con

//////////////////////////////////// **Operación Matrioska** //////////////////////////////////////

poco más de unos trescientos efectivos que todavía quedaban en el recinto. A pesar de la reducida cantidad de oficiales y tropa, tenían a su favor que el armamento con el que contaba este cuartel era de lo más moderno que podía encontrarse, lo que sin duda iba a dificultar enormemente la posibilidad de resolver la situación mediante el asalto directo de las tropas leales y los milicianos.

Las centrales sindicales mayoritarias en aquel momento: UGT y CNT habían declarado huelga general, habían propiciado marchas de mineros sobre las principales capitales, Oviedo y Gijón, y habían tratado por todos los medios de conseguir armas con las que defender la legalidad constitucional establecida. Todo esto hizo pensar al teniente Tobía que sería poco más que imposible —aunque lo deseara— el incorporarse a su unidad en el cuartel de Simancas, sitiado por los milicianos y la Guardia de Asalto, y que a la vista del cariz inicial que las cosas estaban tomando, lo más prudente era el unirse a sus compañeros de armas que había optado por la defensa de la República, pero sin adquirir un compromiso firme. Así lo comentó a su esposa:

—Creo que lo más prudente en este momento sería el no volver al cuartel, mostrar una cierta empatía con los compañeros que siguen fieles a la República, pero mantenerme un tanto distante a la espera de acontecimientos —dijo el Teniente mirando a su esposa, que estaba en la cocina preparando algo que comer para ese día.

Su esposa le devolvió la mirada y la desplazó luego hacia Quique, su hijo, mientras asentía con la cabeza; pero le transmitía a su marido la idea de que lo más importante en aquellos momentos era mirar por la seguridad del pequeño.

—Sí, creo que será lo más prudente, por ahora al menos —acabó contestando la esposa, mezcla de comprensión y resignación.

El teniente Tobía se acercó a la ventana que daba a la calle. El murmullo de gente que transitaba por debajo de la misma y en la plazuela colindante era cada vez mayor, y se habían escuchado disparos. Se vistió de paisano y se dispuso a salir.

—¿Por qué te has quitado el uniforme? —preguntó su mujer.

—Creo que será más prudente salir de paisano, de este modo, los que me conocen me identificarán por mi cara, mientras que con el uniforme algún despistado me puede descerrajar un tiro y luego preguntar —indicó mientras terminaba de abrocharse los botones de la camisa.

—De todos los modos ten mucho cuidado y no te comprometas al máximo mientras no sepamos cómo evoluciona todo esto —le recomendó su mujer, con esa visión de futuro e intuición sobre lo que puede suceder que solo las mujeres tienen.

—No te preocupes —dijo el teniente cuando ya cerraba la puerta tras de sí—. Trataré de ser lo más diplomático posible y de no adquirir ningún compromiso.

Quique se quedó pensativo mirando a su madre, que nerviosa se movía de un sitio para otro sin hacer nada en concreto, tan solo cambiando las cosas de sitio una y otra vez.

—No le va a pasar nada a papá ¿verdad?... —preguntó Quique poniendo unos ojos como platos que inundaban toda su cara.

—Por supuesto —contestó su madre, mientras se acercaba a él y lo apretaba contra su pecho— papá sabe defenderse y no le pasará nada.

Teresa, que así se llamaba la esposa del teniente y madre de Quique, era una mujer delgada, de talle espigado. En su cara destacaban unos ojos negros muy expresivos que había heredado en vida su hijo, y una melena negra que le daba un aire juvenil. Tenía treinta

//////////////////////////////////// **Operación Matrioska** //////////////////////////////////////

y nueve años y hacía dieciocho que se había casado con Héctor. Se habían conocido en un baile cuando Héctor acababa de recibir sus estrellas de teniente. Había acudido a un baile de oficiales con sus dos amigas, gracias a que una de ellas era hija de un coronel del acuartelamiento de Toledo —ciudad en la que residía por aquel entonces—. Fue una de ellas la que se lo presentó. Cuando Héctor la vio no pudo por menos que suspirar y quedarse como pasmado mirándola, algo que no pasó desapercibido para sus amigas, que comenzaron a reír y a gastarle bromas. No pasó mucho tiempo antes de que Héctor se acercase a ella y le solicitase un baile. A partir de ahí, comenzó una relación que en dos años acabó en el altar, teniendo ya destino como teniente fuera de Toledo. Como al principio tuvieron que viajar de un lado para otro, debido a los sucesivos destinos de Héctor, no se plantearon tener descendencia, pero una vez que tuvo un destino fijo en Gijón fueron decididamente a por el niño, y así es como vino al mundo Quique, que haría catorce años a finales del próximo mes de agosto.

Teresa puso la radio para ver qué noticias llegaban y poder comentárselas a su marido cuando retornase al hogar. Al parecer el Cuartel de Simancas y el de zapadores estaban resistiendo el cerco de los milicianos. No así el cuartel de la Guardia Civil, que si bien en un primer instante se había unido a la sublevación, habían sido reducidos sus efectivos con la colaboración de la Guardia de Asalto, que permanecía fiel a la República y los milicianos. Llegaban también noticias de Oviedo, donde el General Aranda se había hecho fuerte con los hombres bajo su mando: las dotaciones de la Guardia Civil y de la Fuerza de Asalto. Si bien, su situación parecía ser un tanto complicada, ya que Oviedo se encontraba rodeado de milicianos defensores de la República y no podía contar con el apoyo de las

Héctor ha dado el paso más difícil para un padre: desprenderse de su hijo. Caían los últimos días del mes de agosto de 1937, cuando en el puerto de El Musel un barco aguardaba para poner a salvo de la guerra a unos niños, rumbo a la Unión Soviética.

Lo que sería en principio aquella separación momentánea de algunos meses, acabó convirtiéndose en toda una vida.

Adéntrate en una novela implacable que impone su ley a golpe de página, y en la que el autor utiliza con maestría sus dotes literarias sobre unos hechos reales, acontecidos en un espacio y tiempo muy concretos de nuestra historia más cercana, como lo fueron la guerra civil española y la segunda guerra mundial. Operación Matrioska se convierte, nunca mejor dicho, en una montaña rusa donde el lector sentirá a flor de piel la amistad, las tramas de espionaje, la fidelidad a los ideales y el amor.



Isidro F. Carbonero Rodríguez nace el 28 de Noviembre de 1946 en Logroño (La Rioja). Se licenció en Psicología, en la especialidad Psicología Clínica, se diplomó en Magisterio y realizó el Master en

Terapia de Conducta y el Master en Drogodependencias y SIDA por el Instituto de Ciencias Sociales (APCIP AIS) y el Colegio Oficial de Médicos de Málaga. Es además experto en Medicina Tradicional China, Acupuntura y especialista en prevención de drogodependencias en ambientes escolares por la F.A.D. A lo largo de su dilatada vida laboral ejerció como profesor de educación Primaria, Secundaria y Orientador Escolar desde 1965 hasta 2011, profesor de la Universidad de La Rioja. Además fue Presidente del Colegio Oficial de Psicólogos de La Rioja, Coordinador Estatal de Psicología Clínica y de la Salud del Colegio Oficial de Psicólogos, y Vocal de la Comisión Nacional de Psicología Clínica del Ministerio de Sanidad y Educación. Ha sido ponente en varios congresos y jornadas nacionales e internacionales, así como director de programas de difusión de la Psicología en Cadena SER, Cadena COPE, Onda Cero, TVE-RIOJA, TVRioja (Grupo Vocento), Canal 44 (Grupo COPE), Rioja 4 Tv (Grupo COPE), Popular Televisión y colaborador en RNE, Diario La Rioja y Diario El Correo (Grupo VOCENTO). Sus publicaciones hasta el día de hoy han sido siempre profesionales, habiéndose decantado estos últimos años por la novela como forma de expresión de sus inquietudes literarias.

